

LA UNIÓN Y ASENSIO SÁEZ EN MIS RECUERDOS

LUIS LISÓN HERNÁNDEZ

Académico C. de la Real Academia Alfonso X el Sabio

Cuando tenía 25 años de edad (curso 1968-69), fui destinado como maestro a una unidad de la llamada Agrupación Escolar Mixta «El Garbanzal», que en la práctica eran dos escuelas unitarias (niñas y niños), establecidas en distintos edificios. De aquellas unidades ejercía como directora la maestra, que por entonces lo era doña Piedad Cela. También funcionaban en el barrio algunas unidades dependientes de la parroquia, y que por tanto eran llamadas escuelas parroquiales. Creo recordar que solo eran dos, y las regentaban un par de jóvenes maestros de Molina llamados Antonia Bernal Martínez y José Puche Martínez, los cuales se unieron en matrimonio. Dicho José era conocido mío, pues habíamos compartido campamento en Los Narejos en un turno para Instructores Elementales.

El Garbanzal era por aquellos días una barriada unionense que no estaba unida al casco urbano, pues entre las últimas casas de uno y otro sector existían algunos descampados sin uso ni utilidad alguna. Estaba formada por un conjunto de edificaciones muy dispares, y construidas irregularmente en su mayoría, pues la planificación en el trazado de calles y plazas resultaba anárquica; pero contaba con Iglesia parroquial dedicada a Nuestra Señora de los Dolores. El templo, construido por aquellos años donde antiguamente estuvo la primitiva ermita, a la que se incorporó hacia 1892 una pintoresca torre campanario octogonal, de ladrillo, obra del arquitecto Francisco Paula Oliver Rolandi, sufrió una gran remodelación interior y exterior a cargo de Esteban Bernal, que elaboró para la fachada sendos murales de porte monumental,

uno de ellos, de apariencia neo-bizantina, con los Doce Apóstoles, y otro representando el Pantocrátor. Asensio Sáez aportó su arte elaborado a pirograbado y óleo el Vía Crucis.

La unidad a que había sido destinado estaba situada en un edificio antiguo, de planta irregular, que en tiempos anteriores debió estar destinado a otros usos, que tenía acceso por la parte de Poniente, y que contaba con otra puerta ubicada a Levante, que comunicaba con un amplio patio cercado con paredes de piedra y yeso, donde crecía un enorme almendro y no sé ahora si alguna olivera. Completaban la dotación un rústico váter y un pozo, de donde por medio de una polea y un cubo podía obtenerse agua. No obstante, había un grifo que suministraba agua potable.

El mobiliario, aparte de la mesa del profesor y su desvencijado sillón, estaba formado por algunos pupitres bipersonales, y otros antiguos donde en cada uno podían sentarse cinco o seis alumnos. Estos, en número de unos 35 ó 40, tenían entre seis y 10 años, tal vez, no lo recuerdo bien, porque los niños mayores asistirían a las escuelas parroquiales. Pese al tiempo transcurrido desde entonces, aún conservo el recuerdo de algunos de ellos, y diversas fotografías realizadas con una sencilla máquina, que un celador de Telefónica había confiado con otras dos más a Perico, el telefonista de Alguazas, para ver si les encontraba comprador.



Mis alumnos.

Afortunadamente, en una de ellas realizada en dicho patio, aparece un grupo de casi todos los alumnos, y al dorso tuve el acierto de anotar el nombre o apellido de cada uno: Eusebio, Ico, López, Escudero, Gerardo, Campos, Belchí, Lorca II, Blanco, Jiménez, Martín, Hermógenes, Cárdenas, Ortiz, Ros, Mateo, Ibáñez II, Lorca I, Alcaraz, Pérez, Venero, Soria, Manolo, Sebastián, Castro, Ibáñez III, Molina, Parra, Juanico, Almagro y Gregorio. Creo que de todos ellos, no he vuelto a ver después a ninguno, ni sé de sus vidas.

Dio la feliz coincidencia, de que aquel curso fueron destinados a La Unión tres maestros amigos míos, Antonio Sánchez López, de Beniaján, Miguel Escámez Marín, de Ceutí, y Jesús Jareño López, murciano pero originario de Macisvenda, pedanía de Abanilla; a los que debo añadir a Manuel Jiménez Pérez, otro colega, natural de Villanueva del río Segura, que ya trabajaba en la localidad y al que conocía de cuando hice en Cartagena las prácticas de las Milicias Universitarias.

Antonio y Miguel habían sido nombrados para el Colegio “Alfonso X el Sabio”, donde trabajaba Manuel, en tanto que Jesús lo fue al Grupo escolar “Francisco Franco”, muy próximo a la Iglesia parroquial de Nuestra Señora del Rosario. Pero la dispersión del grupo no fue óbice para que desde el primer día hiciésemos vida casi en común, pasando juntos la mayor parte de las horas disponibles. Manolo estaba hospedado en Cartagena, en el Hostal-pensión Liarte, sito en la calle Muralla de Tierra, que construyera el ingeniero Juan Bautista Antonelli por encargo del duque Vespasiano de Gozanga, en tiempos de Felipe II; y allí me alojé yo también.

Lógicamente cada día teníamos que desplazarnos a La Unión, viaje que hacíamos regularmente en los autobuses de línea (de la empresa Pedro Egea o Meroño, no recuerdo bien), que partían de la Plaza de la Merced y nos dejaban en las inmediaciones de la Casa del Piñón, sita en la unionense Calle Mayor. Desde allí, por la calle Jacinto Conesa, en la cual se encuentra el “Alfonso X el Sabio”, bajábamos hasta el mismo, donde quedaban Manolo, Antonio y Miguel, y yo seguía mi ruta hasta llegar a El Garbanzal. Pero particularmente los sábados y en otras ocasiones también usaba los trenes de la línea FEVE (Ferrocarriles de Vía Estrecha), bajando y subiendo en el apeadero denominado La Esperanza, sito muy cerca del inicio de la carretera que va hasta Portmán, y antes de llegar al Cementerio. En estas ocasiones el trayecto entre la estación y la escuela lo hacía por la carretera de Cartagena que discurre en las proximidades del Cabezo Rajao, en cuyos alrededores existían unas enormes terreras de las que había que protegerse los ojos en los días de fuerte viento.

La línea de trenes FEVE, era la heredera de aquella antigua línea de tranvía decimonónica que explotara la Compañía The Carthagen and Herrerias Steam Transways Company Limited, de cuyo patrimonio y demás elementos de la explotación ferroviaria se hizo cargo el Estado el 1º de abril de 1941. Entre las estaciones de Cartagena y La Unión los usuarios podían usar también el servicio en las estaciones o apeaderos de la Media Legua, Vista Alegre, El Abrevadero, Alumbres, y La Esperanza. Pero la línea no finalizaba en La Unión sino que continuaba por Llano del Beal y El Estrecho, para finalizar en la pedanía marmenorense de los Nietos.

Antonio Sánchez disponía de un modesto SEAT 600, en cuyo vehículo viajé alguna vez; aunque no debieron ser muchas, pues en cierta ocasión que regresábamos a Murcia, soplaban un viento tan fuerte que el coche parecía un juguete en manos del vendaval, y en varias ocasiones estuvo a punto de sacarnos de la carretera, pese a que íbamos “al completo”.

El Colegio Alfonso X el Sabio disponía de servicio de comedor para los alumnos, y como asimismo usaban la prestación algunos profesores, de él me serví yo también en la comida de mediodía, salvo en los periodos de jornada única (septiembre y junio), en el que teníamos que “buscarnos las habichuelas” en otro lugar. El sitio que generalmente elegíamos era un bar situado muy cerca de la Calle Mayor, al que acudía gente modesta, generalmente mineros (jubilados o no), donde nos atendían con aprecio, y donde hicimos amistades con otros clientes; algunos de ellos padres de nuestros alumnos, que acudían también para jugar la partida, tomar café y otras consumiciones, o simplemente para pasar el rato charlando o viendo la televisión, medio del que entonces disponían muy pocos hogares. No era extraño que también sonase alguna guitarra, se escuchasen los cantos de la tierra y se improvisasen algunos trovos. Antonio Sánchez era el que más lazos tenía con aquellas personas, pues siempre ha sido un hombre muy sencillo y ligado a las cuestiones sociales.

El escaso sueldo que entonces ganábamos los maestros apenas daba para cubrir las necesidades mínimas, por lo que pensó Antonio que podía llevarse a La Unión una cama plegable, e instalarse en el local de mi escuela, donde por ser unitaria yo era “el amo y señor”. No me pareció entonces que aquello fuese contraproducente, por lo que le autoricé, aunque dejándole bien sentado que por la mañana la cama debía quedar recogida y todo en completo orden.

Aquella situación –dicen que por voz de algunos vecinos–, llegó a oídos de la primera autoridad municipal, que por entonces (1961-1972) ejercía el Ingeniero de minas don Esteban Bernal Velasco, uno de los creadores del Festival del Cante de las

Minas, que no tardó en llamarnos a su despacho. Pese a nuestra juventud, y a las circunstancias de aquellos años, no nos arrugamos ante su llamada y presencia, muy al contrario, le exigimos que nos proporcionase un domicilio, en base al supuesto derecho que teníamos a casa-habitación¹. E incluso amenazamos con sacar las camas y dormir en la calle.

Del asunto tuvo conocimiento el matrimonio formado por don José Rubio y doña Josefa Gambín Faz, que poseían un taller de estructuras metálicas en el que trabajaban sus hijos Pepe, Juan Antonio, Ginés y Miguel Ángel, y que contaba también con varias hijas llamadas Flora, Lola, Isabelita y Geli. Los cuales se pusieron en contacto con nosotros y nos ofrecieron una de sus casas, que estaba amueblada y no necesitaban de momento. Por el precio y las condiciones que nos pusieron para habitarla, fue más una obra de caridad, que un posible negocio.

Al residir en la propia ciudad, nuestra vida se hizo más agradable, las horas libres se acrecentaron y las relaciones con los vecinos y sus instituciones se hicieron más intensas. Pasear por la Calle Mayor era una tarea de obligación casi diaria, con ocasionales momentos para sentarse en los bancos de la espaciosa Glorieta (120 x 36 metros) situada frente al Mercado público, y entrar dentro de este “santuario” para recrearse observando los puestos y mercancías que se exhibían en ellos, y contemplar la rutina de las transacciones entre comerciantes y clientes. La hoy llamada “Catedral del Cante”, surgió de una idea de finales del siglo XIX, y tuvo feliz realidad tras el proyecto que realizó el arquitecto catalán Víctor Beltrí y Roqueta en 1903, y la subsecuente dirección de obras a cargo del arquitecto pachequero Pedro Cerdán, que fue quien en 1897 proyectó la citada Glorieta para lo que antes era un lugar inmundado.

Si la singular estructura de hierro y cristal causaba impacto, la ubicación era una de las cosas que más me impresionaba respecto a este edificio modernista, pues si accedíamos a él por la Calle Mayor nos daba la impresión de estar en el centro del pueblo, y sin embargo, la parte posterior nos mostraba una zona de extrarradio, donde unas respetables cuestas nos permitían acceder a la estación de FEVE.

En lo alto de la fachada del Mercado existía un reloj, que con frecuencia nos servía de guía y referencia, y no muy lejos, en dicha calle principal, tenía Asensio Sáez

¹ El derecho a casa-habitación estaba recogido en el Estatuto del Magisterio, aprobado por Decreto de 24 de Oct. de 1947, en su artículo 176, al señalar que todos los Maestros que desempeñen Escuela nacional disfrutarán en la misma localidad en que estén sus destinos, de vivienda que les será facilitada por los respectivos Ayuntamientos.

su domicilio y librería, atendida casi siempre por sus hermanas Juanela (fallecida en enero de 1988) y Pepita. A dicho establecimiento, donde a veces se encontraba también doña María, madre de todos ellos, solía entrar con frecuencia para comprar material fungible (no inventariable), cuyas facturas debía pasar a recogerlas en otro momento, si es que no estaba presente Asensio, pues él era quien debía cumplimentarlas. Otras veces lo buscaba para hablar de diversos temas, como era el de nuestra común afición por la radio, o mejor dicho por el radiofonismo. La faceta de Sáez García como autor de cuentos no me era ajena, pues por aquellos años también escribí algunos que aparecieron publicados en “La Verdad” con ilustraciones de Manuel Muñoz Barberán. Pese a que era un tanto reservado, conmigo siempre se mostraba abierto, hasta el punto de que él me ponía al corriente de algunos aspectos de aquella localidad, hasta entonces desconocida para mí, y, a veces, de algunas situaciones pintorescas en las que vivían algunos personajes de la sociedad local, que se reflejaban en una vida de aparente normalidad en la calle, que no se correspondía en absoluto con la vivida dentro del domicilio familiar.

Una de las cosas que generaron nuestro mutuo interés, desde el primer momento, fue que pronto tuve conocimiento de que Asensio mostraba o había mostrado cierto interés sentimental por una compañera, maestra también, prima hermana de la que entonces era mi novia, y hoy mi esposa. Aquella pretensión e interés no llegó a buen puerto, y ambos han fallecido solteros en el corto espacio de tiempo de poco más de un año.

“Nuestro” domicilio en la calle Almendro disponía de una guitarra, que con relativa frecuencia era usada por alguno de nosotros, aunque la mayoría apenas teníamos conocimientos al respecto, especialmente yo, que nunca había tocado una guitarra, aunque sí era muy aficionado a la música, y siempre había poseído alguna armónica. Como tengo facilidad para localizar donde puede estar cada nota, no tardé en manejar aquel instrumento, intentando una y otra vez interpretar “Para Elisa”, la bagatela para piano de L. Beethoven, ante la comprensión y aguante de mis compañeros.

Debo decir que Manuel Jiménez Pérez siguió hospedado en Cartagena, donde ya estaba adaptado, máxime si tenemos en cuenta que allí contaba con otro paisano, Andrés Ortiz Jiménez, Alcalde que fue de aquel pueblo, y como él fallecido prematuramente. Pero seguíamos en contacto durante sus horas de permanencia en La Unión, en particular a la hora de la comida; y lo teníamos en mucha consideración dado que en ocasiones sufría ataques convulsivos de carácter epiléptico, que le atacaban en el momento más inesperado.

De los cuatro inquilinos, el más ligón era Miguel Escámez, zagal de buen porte y conversación agradable, que no tenía problemas a la hora de conversar con las mozas del pueblo. Nos conocíamos desde hacía algunos años, pues aprobamos las oposiciones a Magisterio en la misma promoción, y elegimos nuestro primer destino en propiedad provisional el mismo día: el sábado 26 de octubre de 1965.

Antonio Sánchez, natural de Beniján, era el clásico huertano al que sus padres, en un arrebató de nobleza y dignidad habían dado estudios a costa de grandes sacrificios. Yo conocí a sus progenitores y a una hermana, en la casa familiar, sita en la hoy Avda. Ciudad de Murcia, tras cruzar el paso a nivel, en la acera de la izquierda, subiendo hacia el monte. Pues bien, nuestro hombre era un consumidor nato de frutas, sobre todo a la hora del desayuno. Su mente siempre estaba trabajando en diverso proyectos y mil elucubraciones, por lo que le gustaba con frecuencia sumirse en el silencio y la meditación. Pero en los momentos de alegría y diversión Antonio era otra cosa. Dispuesto a todo, y sin sentir la menor cortedad, pese a que él no era una persona muy abierta.

En nuestros encuentros con los padres y mineros que acudían al citado bar, Antonio era quien más receptivo era con ellos, escuchando con atención sus problemas, orientándoles sobre cómo podían resolver algunos asuntos, redactándoles diversos escritos, e incluso socorriéndoles económicamente llegado el caso, pese a sus escasas posibilidades económicas.

No me extrañó pues, conociendo como lo conozco, que en cierta ocasión en que fue multado por Tráfico a causa de una supuesta infracción, recurrió la sanción alegando que no se había contemplado su presunción de inocencia, ni el derecho constitucional que le amparaba a no declarar contra sí mismo. Y al no ser atendido en su queja, ni estar conforme con las resoluciones, alegó ser víctima de una violación por España del párrafo 2 y del apartado g) del párrafo 3 del artículo 14 del Pacto Internacional de Derechos Civiles y Políticos, y fue elevando el caso ante diversos tribunales de Justicia, como lo fueron la Sala de lo Contencioso-Administrativo de Murcia, el Tribunal Constitucional y el Tribunal Europeo de Derechos Humanos, cuyo Comité decidió finalmente rechazar su petición como inadmisibile.

Otra cosa muy distinta era cuando se trataba de tener en orden las cosas de la casa, pues en esto Antonio era muy descuidado. Aún lo recuerdo afeitándose la negra y espesa barba, previamente enjabonada con la brocha, mientras canturreaba cualquier cosa. Era el único que practicaba aún aquel rito secular, pues los demás nos habíamos acomodado ya a la practicidad de la maquinilla eléctrica.

Jesús Jareño no pertenecía a nuestra promoción, y al ser hijo de maestros había tenido previamente destino como volante; un privilegio del que había gozado hasta fin de agosto de 1966, y que se perdió para los maestros años más tarde. Era el más culto de todos nosotros, pues había cursado estudios en el Seminario diocesano y tenía por tanto una preparación más sólida. Era además un lector infatigable, que siempre tenía en las manos algún libro, y entre ellos estaban diversas publicaciones prohibidas, que solo podían obtenerse de estraperlo y en lugares muy contados en donde te conociesen como persona de confianza. Con frecuencia me leía algunos párrafos, y otras veces me cedía el ejemplar para que yo mismo hiciese la lectura. Aquel año conocí entre otros a Pablo Neruda y León Felipe, del que recuerdo el poema “Pero ya no hay locos”, que me causó mucha impresión. Sobre todo aquel verso que dice, refiriéndose a Franco: “El sapo iscarriote y ladrón repartiendo castigos y premios...”.

Con Jareño intimé bastante durante aquellos meses, pues me atraían tanto su personalidad como las nuevas vías del conocimiento que hasta entonces desconocía, o me habían estado vedadas. Y claro está, aquellos libros que poseía. En busca de tales libros le acompañé en alguna ocasión a la librería Demos, en la ciudad de Murcia, regentada por un venerable sacerdote que había tomado para sí no solo la tarea de cura de almas, sino también la de abrir amplios ventanales a las ideas y al pensamiento liberal. Recuerdo que entrar allí, sabiendo a lo que iba Jesús, me causaba cierta prevención y respeto, pues tenía noticias de que el establecimiento había recibido alguna que otra visita policial.

Este compañero de entonces, terminó pasando a la Enseñanza Media; tarea en la que ha dejado huella en algunas generaciones de alumnos, pues cumplía aquello que decía el escritor francés Charles Péguy en su obra *De Jean Coste*, “El maestro no tiene que ser el representante del gobierno en el municipio; es conveniente que sea el representante de la humanidad (...) El maestro es el representante nato de personajes menos transitorios; el único e inestimable representante de los poetas y de los artistas, de los filósofos y de los sabios, de los hombres que han hecho y que mantienen la humanidad”. Porque Jesús ha sido ante todo un MAESTRO, que ha compaginado la enseñanza con la investigación; fruto de la cual ha dado a la imprenta varios libros y otros trabajos de hondo contenido. En cuya tarea sé que aún se encuentra inmerso, pues suelo compartir con él horas y horas de trabajo en los archivos.

Pese al poco tiempo que trabajé en La Unión, guardo muchos recuerdos de algunos alumnos y de las actividades realizadas entonces. Aunque no contaba con material alguno –si descontamos los ya citados pupitres y algún par de mapas–, la juven-

tud, vocación e ilusión suplieron muchas de aquellas deficiencias. El primer problema al que tuve que hacer frente era el absentismo escolar, ya que muchos alumnos faltaban bastante a clase y algunos de ellos no aparecían nunca por la escuela, por lo que tuve que ir personalmente, a veces, buscándolos en sus domicilios. Lógicamente eras los niños de las familias más humildes, y en las que faltaba prácticamente de todo. Aquellos padres se sorprendían de que el propio maestro fuese a sus casas a interesarse por sus hijos, y generalmente aducían como excusa que eran un caso perdido, que no podían con ellos. Es más, ni siquiera sabían donde se encontraban en aquellos momentos.

Tuve que elaborar mi propio material didáctico, del que aún conservo algunas cosas que preparé para favorecer la lectoescritura, pues me acompañaron después, itinerantemente, por otros destinos posteriores. Y al tratarse de una unitaria, con alumnos que estaban en diversos niveles de la enseñanza, tuve que buscar el apoyo de algunos de ellos, a los que conferí cierta "autoridad", que les motivó mucho más en el aprendizaje y comportamiento general.

Pero había un alumno, del que obviaré aquí su nombre, que se convirtió en uno de mis preferidos. Perteneecía al grupo de los que nunca aparecían por la escuela, y tuve que buscarlo en una terrera, donde buscaba "no sé qué". Me explicó que él no quería ir al colegio, pues como no sabía nada los compañeros se refán de él. Cuando conseguí que fuese a clase, pude comprobar que desconocía hasta las vocales, y que su cartera, una simple bolsa de tela que podía llevar colgada al hombro por medio de una cinta, no contenía ni siquiera lápiz y libreta. En consecuencia tuve que suplir aquella penuria proporcionándole el material imprescindible.

Conseguir que los compañeros lo respetasen no me costó gran esfuerzo, pero en poco tiempo pude comprobar que su ignorancia en las materias instrumentales, se debía en buena medida a su deficiencia intelectual. Aquel grave problema, causa de la dificultad para asimilar los conocimientos, era el que más podía provocar que dejase de asistir nuevamente. Decidí entonces crear un jardín en el patio, donde hicimos parterres limitados por ladrillos, y los propios niños aportaron las plantas que fuimos colocando en él, e incluso las herramientas necesarias, tales como picazas, algún rastriero y capazos. Para regar aquel jardín adquirimos unos metros de manguera, de color verde, que conectada al grifo servía al efecto.

Pero lo importante de la actuación es que designé a aquel niño, como el jefe de las actividades que en el mismo se hacían. Él se encargaba a quién entregar las herramientas, quién debía regar, remover la tierra, recoger las hojas secas, reponer matas

secas, etc. De sus actuaciones como tal, algunas veces estando en clase llegaron a quejarse ciertos compañeros, pero yo preguntaba entonces en alta voz para que todos lo oyesen: – ¿Quién es el jefe del jardín? –Y el aludido, invariablemente, estiraba el cuello, y levantado la cabeza la giraba a izquierda y derecha, mostrando manifiesta satisfacción.

Pronto le encargué que diariamente me diese cuenta de cuantas plantas había, y las de cada clase, las que tenían flores o no, si alguna se había secado. No tardó mucho en contar y conocer las cifras, y lo que en principio era una letra para nombrar cada especie de planta, pronto se convirtió en el nombre completo de cada una. Puedo asegurar, que no volvió a faltar a clase, y por sus padres supe, que si algún día lo querían retener por algún trabajo o motivo, se negaba en redondo y se enfadada mucho.



Volando cometas en El Garbanzal.

A espaldas del edificio había un campo de fútbol que no tenía cerca, cuyo terreno de juego estaba siempre lleno de piedras que se desprendían del mismo suelo. Nosotros lo limpiábamos con frecuencia, pues allí se hacían las clases de gimnasia y deporte, y donde muchas tardes, al acabar la jornada escolar, volaban las cometas que ellos mismos construían. Pese a su corta edad, había verdaderos especialistas en volarlas, y las elevaban a gran altura. Aquellos ratos me servían mucho para conocerlos mejor, pues se expresaban libremente, tal como eran. La práctica de esta antigua diversión también solía contemplarla Asensio, y fue motivo de inspiración en algunas de sus obras. En cierta ocasión que se organizó un homenaje en Cartagena al poeta sucinero Julio Álvarez Gómez, colaboró con dos dibujos suyos, uno de los cuales, con dicha temática, insertamos en este trabajo



Dibujo original de Asensio Sáez.

En ocasiones llevaba a “mis” niños de excursión, primero por aquellos contornos, y más adelante, cuando los tenía dominados y sabía que responderían bien, las salidas fueron a sitios más lejanos. Recuerdo muy bien un día que los llevé a Tentegorra –el más lejano lugar al que muchos de ellos habían viajado en su vida–, donde había un parque con juegos y diverso aparatos. Allí tuve un par de contratiempos, pues en un tobogán gigante uno de los alumnos se dejó deslizar y alcanzó con el zapato al compañero que se lanzó con anterioridad, lesionándole en la cabeza; y en una especie de bicicleta múltiple, que giraba en círculo sobre un rail, uno que pedaleaba con fuerza resbaló del pedal, cayendo sobre el rail y resultó alcanzado por una de las ruedas, lesionándole en una pierna. Era Sebastián Sánchez, cuyo padre ejercía de practicante, y que aceptó sin más importancia aquel percance.

Precisamente era entonces Delegado del Frente de Juventudes en La Unión, su tío Antonio Sánchez Pérez, que ejercía como maestro en el Patronato de Marina en Cartagena y que años más tarde regiría el municipio. A quien recurrí para que diese

el Vº Bº a cierto certificado expedido por doña Piedad Cela, mi directora, donde se testificaba que impartía las clases de Educación Física a los niños matriculados en aquella Sección Graduada Mixta, pues quería solicitar me admitiesen en Madrid para realizar el curso de Instructor especialista en dicha disciplina.

Estando en La Unión me correspondió como Inspector de zona el celeberrimo don Ginés García Martínez, que falleciera trágicamente al sumergirse su vehículo en las aguas del puerto cartagenero. Cierta día en que tuve que acudir a la consulta del especialista, por un problema de la columna vertebral, fue el que eligió para visitar mi escuela, encontrándose con la puerta cerrada como era natural por entonces. Unos días más tarde me lo encontré por La Unión, y al presentarme yo como el maestro de El Garbanzal, me contó que había estado a verme con el resultado que acabo de mencionar. Pero como era un hombre de salidas imprevisibles, me dijo: –Supuesto que usted ya ha vuelto, que es lo principal, doy la visita por hecha. –Y claro está, no volvió a visitarme.

En otra ocasión nos citó a todos los maestros de la zona para que asistiésemos a uno de aquellos denominados Centros de Colaboración, donde se exponían y trataban asuntos más o menos novedosos relacionados con la enseñanza y la educación. El lugar de la cita era en el Colegio Alfonso X el Sabio, y allí acudimos casi un centenar de docentes de La Unión y localidades próximas. Como tardase en llegar, los maestros formamos varios corrillos para cambiar impresiones, sobre todo entre los que estábamos en diferentes centros. En esos momentos gustaba de oír a Asensio Sáez contando diversas peripecias y anécdotas, propias y ajenas. Entre tales dimes y diretes se hablaba también de don Ginés, del que apuntó Asensio algo premonitorio: –Veremos hoy que con qué nos sorprende.

Poco después apareció nuestro personaje, portando en la mano un voluminoso magnetófono de la marca INGRA, que colocó delante de él encima de la mesa. Ante todos los presente, buscó dónde había una base para enchufar el aparato, y cuando lo hubo hecho nos sorprendió diciendo lo siguiente: –Como el tema de que hoy les voy a hablar, es el mismo que expuse hace unos días en Torre Pacheco, me pareció bien grabarlo entonces, y así, ahora, se lo pongo a ustedes para que lo escuchen.

Como es natural, todos nos quedamos de piedra, viendo como nos había reunido para que escuchásemos lo que salía de aquel trasto, tan poco usual por entonces. Y es que don Ginés era capaz de mostrarse con las mayores rarezas. Pero si soy capaz de recordar la presente anécdota, no lo soy de recordar ni lo más mínimo de aquella exposición “enlatada”.

Recuerdo otra anécdota de aquel curso, que no he olvidado ni olvidaré nunca, y que expondré seguidamente, pues marcó algo que fue definitivo en mi vida. Si bien el sueldo que por entonces nos pagaba el Estado era francamente irrisorio, tenía cierta compensación con lo bien que éramos considerados por los padres de nuestros alumnos. El tratamiento era, salvo algún caso aislado, de escrupuloso respeto a la persona y labor del maestro, y aún en aquellos casos en que nuestra actuación no hubiese sido totalmente correcta, incluso en el caso particular de que tal acción afectase a sus propios hijos, teníamos todo su apoyo y siempre nos daban la razón. Afecto y cariño que se ponía palpablemente de manifiesto, en las ocasiones señaladas de nuestro santo, cumpleaños y otras ocasiones puntuales. Cuestiones que en los tiempos que corren se han invertido prácticamente.

Pues bien, próximo a finalizar el curso escolar, el 21 de junio, primer día de verano, celebraba yo anualmente y de manera conjunta, mi santo y mi cumpleaños. En aquella ocasión la mesa quedó casi cubierta por los detalles y presentes que aquella humilde y buena gente tuvo la atención de remitirme por mano de sus hijos. Y entre aquellos presentes, no faltó el tabaco, incluidos algunos puros. Como aquel mes se hacía jornada única de mañana, para finalizar la clase compré en un establecimiento cercano diversos helados para obsequiar a mis pupilos. En aquel ambiente, mucho más relajado que de habitual, uno de aquellos pequeños solicitó que le gustaría verme fumar el puro que me había traído. Yo no era un fumador habitual, aunque esporádicamente sí que consumía algún cigarrillo. Mi padre nunca practicó ese vicio, y por tanto no tuve influencia alguna por esa parte. Pero en ocasión de los exámenes durante mi carrera, algunos compañeros decían que durante el examen, fumarse un cigarrillo servía de relajante, y ayudaba a realizar mejor el ejercicio; y por ahí fue por donde entré yo a practicar algo el “fumeo”.

Oída la insistente petición del chaval, y sin encomendarme a Dios ni al Diablo, prendí fuego al habano, y sin tragarme el humo, cosa que nunca hice, le fui dando alguna que otra chupada. Minutos después despedí a los niños, cerré la puerta por dentro y me dispuse a recoger las cosas. Pero por momentos me fui sintiendo mal, y viendo que no podría marcharme en tales condiciones, saqué uno de aquellos bancos largos al patio, lo coloqué bajo el frondoso almendro, me tendí en él, y allí estuve horas y horas soportando la borrachera, hasta que ya entrada la noche se me fue pasando el mareo y pude volver a casa, sin que nadie hubiese reparado ni extrañado mi ausencia hasta entonces.

Los maestros destinados en La Unión, cobrábamos nuestro sueldo mensual por medio de un habilitado residente en Cartagena, y como entonces andaba yo muy interesado en los temas sociales y jurídicos, hasta el punto de que faltó poco para que estudiase para Graduado Social, muchos compañeros recurrían a mí para que les asesorase o diese consejo en algunos casos que les ocurrían. Dentro de este contexto sucedió que no pareció correcta la liquidación que dicho habilitado nos hacía a varios compañeros, pues para practicar las retenciones en la nómina aplicaba el montante económico que podíamos ganar anualmente, y lo dividía por doce mensualidades. Pero no tenía en cuenta, que algunos de nosotros no habíamos trabajado todo el año 1968, caso de Antonio, Miguel y mío, que durante cuatro meses del curso anterior estuvimos en Cartagena haciendo las prácticas de las Milicias Universitarias. Como no se avino el habilitado a mis reclamaciones, entablé un recurso que me fue favorable, pero cuando se sustanció, ya estábamos ejerciendo en otro sitio dependiente de distinto habilitado, y no volvimos a reclamar lo que nos pertenecía.

Cuando se aproximaba el final de curso, los profesores del Colegio Alfonso X empezaron a preparar el tradicional festival, que cada año ponían en práctica. Y me pareció a mí que sería buena cosa unirme a ellos en tal fiesta. Como contaba con buenas relaciones en dicho centro, y yo ofrecí ayudar por medio de una propuesta que sugerí, no hubo ningún inconveniente. Hablé con Antonio Sánchez y le propuse que ambos nos disfrazásemos de payasos, y entre los dos representar un número circense. Antonio se dejó convencer pronto, y acordamos que no debía trascender nada de aquello, pues el número sería anunciado como a interpretar por dos payasos que habían sido contratados al efecto.

Nuestras relaciones con los hijos de la familia Rubio Gambín eran excelentes, en particular con las hijas solteras y con una prima de ellas llamada Isabel, que vivía en una casa próxima. Muchos días los pasábamos en animada conversación o escuchando música. De modo y manera que como estaban al tanto de nuestra vida, obras y milagros, no tardaron en participar de aquellos preparativos, en particular lo referente a la confección de los trajes para los payasos. En uno de los viajes que previamente hice a Alguazas, recogí un fiscorno que tenía en casa, y pedí a Perico “el telefonista” que me prestase un bajo que poseía, y con ellos regresé a La Unión, donde fui recibido con expectación y alegría. Antonio estuvo unos cuantos días “haciendo boca” con el bajo, para tratar de sacarle algunos sonidos, hasta que lo consiguió. Por mi parte, no tuve problemas con el fiscorno, pues ya había tocado con él en diversas ocasiones y podía interpretar algunas piezas musicales, aunque de manera rudimentaria.



Luis Lisón con el fisicorno.

Llegó el día previsto, y en el programa que informaba del festival, se anunciaba pomposamente como número final, la actuación contratada de los famosos payasos Cartabón y Zampabollos; quienes se vistieron y maquillaron en una de las aulas, lejos de la vista de curiosos, y no salieron de allí hasta el momento justo de su intervención. Aquella tarde el patio del colegio era un hervidero de niños, padres y abuelos, quienes siguieron atentos las diversas actuaciones que se fueron sucediendo sobre el pequeño escenario de madera.

Cuando nos tocó actuar y aparecimos, casi nadie nos reconoció, incluidos algunos compañeros, sobre todo a mí, que llevaba la cara oculta por una careta de goma. Aquel número causó sensación, y al acabar el festival, volvimos a casa con la indumentaria puesta, haciendo sonar los instrumentos, seguidos por la chiquillería.

El director del “Alfonso X” era don Julio Roca, cuya esposa (doña Piedad Larios) era la directora del Colegio “Francisco Franco”. En ocasiones charlaba con él, e incluso estuve alguna vez en su casa, sita muy cerca de la librería de Asensio Sáez. Recuerdo, que las entradas y salidas en el colegio, incluidas las de los recreos, las dirigía a base de un silbato. Cuestión que molestaba a varios profesores del cen-

tro, que alegaban se parecía aquello a un cuartel del ejército. En cierta ocasión decidieron coger el silbato y meterlo en la taza del váter, dejando la cadenilla fuera para que se supiese dónde había ido a parar. Como enseguida se hizo con otro pito, repitieron la misma faena, hasta que don Julio comprendió la situación y ordenó colocar una sirena.

Al finalizar aquel curso académico, los cuatro inquilinos de la calle Almendro tuvimos que solicitar nuevo destino. Desconozco a dónde fue destinado Jesús Jareño, en tanto que Miguel Escámez y Antonio Sánchez pasaron al Colegio “Virgen de la Fuensanta” de La Alberca, que acaba de construirse. Por mi parte solicité escuela en Llano de Brujas, para cubrir la vacante por jubilación del señor Párraga, padre del famoso artista José María Párraga.

Desde entonces la amistad con Asensio Sáez se ha mantenido siempre, aunque el paso de los años hacía que cada vez fuesen más distanciados nuestros encuentros. Al principio venía con frecuencia a Murcia, a diversos actos de tipo cultural, o promovidos por la Real Academia Alfonso X el Sabio. Y era frecuente que después de



Festival en el Colegio Alfonso X el Sabio.

dichos encuentros, a los que también concurría Alberto Colao, nos fuésemos a tomar unas cervezas o chatos de vino a cualquiera de los clásicos bodegones de Murcia, como eran “Los Zagales”, “Los Toneles” y algunos otros. Como amigo que era, tuve el gusto de ser uno de los cuatro miembros de la Academia que estuvieron presentes en su toma de posesión como numerario, celebrada el año 1992 en el “Museo Minero” de La Unión.

Hace algunos años, cuando investigaba en el Archivo de la Real Chancillería de Granada, me atendió solícito por especial encargo de doña Pilar, la directora de aquel organismo, un eficiente funcionario que resultó estaba casado con una unionense. Por lo que a mi regreso a

Murcia, no encontré mejor medio de agradecerle sus atenciones que remitirle con una amiga un ejemplar del *Libro de La Unión. Biografía de una ciudad alucinante*, publicada por Asensio en 1957.

Los últimos encuentros con Sáez García fueron en Cartagena, y tuvieron relación con la Asociación de Cronistas Oficiales, de la que también formó parte. Uno de ellos cuando nos impusieron la medalla en la Asamblea Regional de Murcia, y la otra con motivo de la presentación de un libro de Antonio Pérez Crespo.

De mis relaciones con la Villa minera y cantaora, además de estos recuerdos, queda aún una buena amistad con la familia Rubio-Gambín, con cuyos miembros mantengo un trato casi familiar, que no ha decaído pese al largo tiempo transcurrido desde entonces.